

CEPAL: un bienvenido renacimiento

La teoría del desarrollo económico surge en Gran Bretaña, con las obras de Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill, todos ellos oriundos de la gran isla; también con Marx (quien ahí vivió como refugiado político y elaboró su *opus magnum*). La teoría se origina cuando ya ha nacido el proceso de desarrollo real material, el asociado con la Inglaterra que impulsaran Cromwell y sus “cabezas rapadas”: la del capitalismo y la de la Revolución industrial.

Este modo capitalista de producción, al poco andar, empezó a extenderse más y más en el plano geográfico, y Marx subrayó con fuerza esta vocación del capitalismo para llegar a los rincones más apartados del planeta. Pero no alcanzó a advertir lo que a su muerte era un proceso que recién se perfilaba: la escisión del sistema entre un bloque desarrollado (el “centro” de Prebisch *et al.*) y un bloque subdesarrollado o “periferia”, con las correspondientes relaciones de dominio y dependencia entre ambos polos, en especial, de succión de excedentes generados en la periferia en favor de los países centrales. A fines del siglo XIX y entre la primera y la segunda Guerras Mundiales, algunos autores empezaban a advertir el fenómeno. Como sea, por lo menos en la región latinoamericana era bastante escasa la conciencia de estos hechos y sus implicaciones. La opinión pública era todavía dominada por lo que Claudio Véliz denominara “mesa de tres patas” y nuestros grandes hacendados comían y bebían en el Jockey Club de México o Buenos Aires, y en el Club de la Unión de Santiago, administraban sus haciendas a distancia y se iban por largas vacaciones a París. En breve, el ordenamiento centro-periferia se consideraba algo natural y también muy beneficioso: “la industria y el trabajo duro son para los gringos; lo nuestro es la buena vida, los versos de Campoamor y el *dolce far niente*”.

Sin embargo, el viejo topo trabajaba, al finalizar la segunda Guerra Mundial, con el surgimiento de un fuerte campo socialista y la eclosión del pensamiento económico keynesiano; el problema del desarrollo —especialmente en lo que pasaría a denominarse “tercer mundo”— se pone en primer lugar de la agenda política. En la región latinoamericana, es la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) la que recoge el desafío. Preocupación que se materializa, en el plano intelectual, con la publicación

del ya mítico *Estudio Económico de América Latina* de 1949.¹ Emerge así, con fuerza singular, el estudio de los problemas del crecimiento en el polo subdesarrollado y dependiente del sistema,² así como de los obstáculos a superar y las reformas estructurales, nada sencillas, a implantar. Eso y lo que le siguió fueron una auténtica fiesta para el saber económico. Mucho debemos agradecer a Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, Aldo Ferrer, María da Conceição Tavares, Pedro Vuskovic, Carlos Matus, el riguroso y ordenado Manuel Balboa, Octavio Rodríguez —el gran sistematizador— y a tantos otros de lo que Furtado denominara “orden cepalina del desarrollo”, por ese regalo inmenso: la región, quizá por primera vez en su historia, empezaba a observarse con ojos propios y muy perspicaces.³

El proceso de industrialización y de reformas estructurales (especialmente en el agro), que demandaba el ideario cepalino, se desplegó con insuficiencias nada menores. En principio sólo afectó a los países del Cono Sur (Brasil, Uruguay, Argentina y Chile) y a México. La transformación, si se observa bien, fue en todo caso inmensa, pero exigía nuevos y nada sencillos cambios. En los años setenta del siglo pasado la crisis de la “industrialización sustitutiva” ya resultaba evidente: había que avanzar a la industrialización más pesada y sofisticada, especializarse, aprovechar economías de escala e integrarse en el plano regional. También, diversificar y dinamizar las exportaciones (es decir, industrializarlas), modernizar el agro y el sector público, impulsar la investigación y el desarrollo (I+D), etcétera.

Con todo, los cambios que exigía la profundización del desarrollo industrial no tuvieron lugar. Lo que sí sucedió fue un brutal proceso de desindustrialización, de regresividad distributiva y de acentuación de la dependencia externa. En breve, el cambio estructural llegó por otros lados y emergió el patrón de acumulación neoliberal. Las discusiones sobre el desarrollo y los “desequilibrios creadores”, à la Hirschman, fueron remplazados por los equilibrios estáticos walrasianos. Es decir, por el dogma.

¹Elaborado por el Departamento de Asuntos Económicos de la CEPAL, Nueva York, 1951.

²Pinto calificó este estudio como “manifiesto latinoamericano”. Las resonancias con el otro manifiesto, el publicado en 1848, son obvias. Si éste apuntaba a la clase trabajadora del sistema, a tomar conciencia de su situación e intereses objetivos, el de 1949 buscaba crear conciencia regional de la situación objetiva de América Latina, a mirarla con ojos propios y no importados, con toda la carga alienante que esto significaba. Sunkel y Pinto han discutido con agudeza sobre estos problemas y sobre la necesidad de “sustituir importaciones” en el plano de la teoría económica y social.

³Una presentación sintética y clara del ideario cepalino clásico se encuentra en Aníbal Pinto, “El pensamiento de la CEPAL y su evolución”, en *El Trimestre Económico*, 86(343), pp. 743-779, 2019.

Cuando el pensamiento neoclásico avasalla, el estudio de los procesos de desarrollo tiende a desvanecerse. Tal óptica, muy ideologizada, llevada a la práctica favorece el estancamiento y, sobremanera, pautas muy regresivas de distribución del ingreso y de la riqueza. Esto fue lo que dominó en el último cuarto del siglo xx y buena parte del actual. En tal marco, la CEPAL bajó su perfil crítico y, por lo mismo, perdió su antiguo vigor. Con todo, en diversos grados y fuerzas el modelo neoliberal ha empezado a ser cuestionado en los países de la región. En este nuevo contexto, con la dirección de Alicia Bárcena, la CEPAL está recuperando su vitalidad y ha empezado a entregar renovadas visiones del proceso de desarrollo. Destacan entre ellos el análisis del impacto negativo que en el desarrollo tiene una muy desigual distribución del ingreso y de la riqueza; la necesidad de incorporar la dimensión ambiental y ecológica en las estrategias de crecimiento; la de recuperar el decisivo papel de la industrialización y de las políticas económicas activas; la importancia de la igualdad de género y la autonomía de las mujeres en toda concepción y estrategia de desarrollo, entre otras.

Hoy, como en los viejos tiempos, leer y estudiar a los cepalinos empieza a convertirse en una necesidad, en algo gratificante para los espíritus que buscan un mundo mejor, también como fuente de polémicas fructíferas, de las que generan mejores conocimientos. Por ejemplo, se podrían discutir las interacciones entre los espacios de la producción y los de la distribución. ¿Cuál es la esfera dominante, en qué condiciones? O bien, ¿por qué no discutir los límites del capitalismo?, ¿está acaso prohibido? Sabemos que el cambio profundo necesita conocimientos profundos. Para ello, la contribución de esta nueva CEPAL sin dudas será mayor.

El Trimestre Económico agradece profundamente la colaboración de los investigadores que forman o han formado parte de esa institución que escriben en este número, y de manera muy especial a la doctora Alicia Bárcena, secretaria ejecutiva de la CEPAL, por su participación y decidido apoyo a esta iniciativa.

EL CONSEJO DIRECTIVO DE *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*

Orlando Delgado Selley
Saúl Escobar Toledo
Jorge Isaac Egurrola
José Valenzuela Feijóo